



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega
Nuestro Tiempo. Nuestro Libro

Armando Ávalos

Voz e Imagen



Editorial
EDITORIAL

Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Armando Ávalos Espichán

Voz
e
Imagen

Serie: Ensayo

Armando Ávalos Espichán

Voz
e
Imagen

FICHA TÉCNICA

Título	: Voz e Imagen
Autor	: Armando Ávalos Espichán
Serie	: Ensayo
Código	: ENS/001-2017
Edición	: Fondo Editorial de la UIGV
Formato	: 140 mm x 220 mm. 359 pp.
Impresión	: Offset y encuadernación en rústica
SopORTE	: Cubierta: folcote calibre 14
Interiores	: Bond avena de 90 g
Publicado	: Lima, Perú. Abril de 2017
Tiraje	: 1000 ejemplares
Edición	: Primera

UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA

Rector: Luis Cervantes Liñán

Vicerrector Académico: Jorge Lazo Manrique

Vicerrector de Investigación y Posgrado: Juan Carlos Córdova Palacios

Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA
Av. Arequipa 1841 - Lince / Teléf.: 471-1919
www.uigv.edu.pe
FONDO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA
Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María / Teléf.: 461-2745 Anexo: 3712

Coordinación editorial : Nériða Curazzi Gutiérrez
Corrección de estilo : Alfredo Lazo Tafur
Diseño de carátula y diagramación : Fernando Caro Marín

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-03736
ISBN: 978-612-4340-08-6



Armando Ávalos Espichán

Índice

<i>Prólogo</i>	11
<i>Presentación</i>	15
<i>Introducción</i>	17
Capítulo 1	23
1. El valor de la libertad de prensa	25
2. El periodista y el público	39
3. La radio y la magia de su inmediatez	47
4. La radio y las estrellas del espectáculo	53
5. La radio por dentro	61
6. El lado humano del locutor	65
Capítulo 2	73
1. Una voz en la oscuridad	75
2. El golpe militar y salvador allende	87
3. Radio Programas del Perú	93
4. La radio y los días de atentados	97
5. “Una sola voz para todo el Perú”	103
6. “La Rotativa del Aire” y el periodismo radial	113
7. Rol del locutor	117
Capítulo 3	125
1. También viene...	127
2. Los inicios y el gran Pepe Ludmir	137
3. Reportaje a una discoteca	143

4. Panamericana Televisión	153
5. La entrevista en radio y televisión	159
6. La promoción que dejó huella	167
7. Cuando habla el corazón	175
Capítulo 4	179
1. Locutar y narrar historias	181
2. Ejercicios para lograr una buena locución	187
3. Los trabalenguas	191
4. De la radio a la televisión	193
5. La vida o la noticia	197
6. La entrevista a “El Canciller”	207
7. Macabra prueba	217
Capítulo 5	221
1. Estructura de un noticiero	223
2. La pauta de un noticiero	233
3. Los inicios: siempre una tarea difícil	239
4. Una caída que pudo ser fatal	249
5. El trabajo como corresponsal de prensa extranjera	257
6. Enseñar con el ejemplo	263
Capítulo 6	271
1. El enlace en un reportaje	273
2. El quiebre	283
3. Más allá del personaje	287
4. No ver, sino observar	299
5. El reportero de televisión	303
6. El gran terremoto	307
7. La primera noticia	311
Capítulo 7	317
1. El riesgo de ser periodista	319
2. Del set a la calle	325
3. La motivación y la vocación	337
4. La noticia mas difícil	345
5. Apunte final	353
Bibliografía	359

Dedicatoria

Quiero dedicar este libro a mis padres, Florinda y Arnaldo, a quienes tanto amo. A mis hijos Bania, Nuria y Renzo, de quienes me siento orgulloso de verlos crecer y convertirse cada vez en mejores personas, esta es una experiencia extraordinaria. También para la mujer que hace escarapelar mi corazón y a quien amaré toda mi vida, mi esposa Teresa.

Y finalmente, mi dedicatoria para un periodista y amigo que me ayudó desinteresadamente en mis primeros pasos en la televisión. Un hombre talentoso y noble, que me mostró el valor de la humildad en nuestros actos y cuya memoria siempre nos acompañará, Armando Campos.

Prólogo

Escribir por primera vez un prólogo, es una difícil misión. Más aun cuando es para un libro de Armando Ávalos, solo hablar de él me tomaría páginas y páginas. He tenido la fortuna de haber trabajado a su lado durante años, ¿ocho años podrían ser? Pero nos conocimos mucho antes, cuando éramos reporteros. Él, en el entonces “90 Segundos”; yo, reportera en el dominical “Reporte Semanal”. Algo en Armando me llamaba la atención: no relatava noticias, contaba historias. Y lo hacía no solo con buena información, sino con chispa, con sabor. Que pronto pasara a trabajar en el “90 Dominical” era lógico, el tiempo que tenía en el noticiero le quedaba corto. Y que se convirtiera en productor, un justo reconocimiento.

Actualmente, además de “Reporte Semanal”, coincido con él en 90, me siento en frente de él cuando preparo el “90 Dominical”. Me encanta verlo entregarse por completo a su labor de Jefe de Provincias e imprimir en cada texto su vena periodística pero, sobre todo, su extraordinaria creatividad y su sello personal. A él no hay que pedirle que trabaje, sino que no trabaje tanto. No desmaya, no baja la guardia, no le da descanso a la noticia ni al esfuerzo por sacar lo mejor de ella. Y nunca deja de regalar una sonrisa.

Dicen que para ser un gran profesional se debe ser una gran persona. Nadie como Armando para comprobarlo, siempre

dispuesto, con un gesto risueño y cálido; un chistecito, porque si no fuera periodista habría sido comediante. Listo para ver el lado bueno de la vida y lo cómico de ella. Tiene la sabiduría para informar con tino y respeto una tragedia, pero también posee el don de encontrar en un hecho singular un matiz gracioso y hasta cómico. ¡Y cómo lo disfruta!, su forma de contar, su locución, en fin, es su pasión. “Armando, deberías tener un programa propio”, le decía cuando era directora periodística de “Reporte Semanal” y, cuando asumí la producción de “90 Fin de Semana” le propuse una sección. Ponerle una marca a esa noticia que solo él sabía dar y crear “La Curiosa”. Ya la frase: “al singular estilo de Armando Ávalos” cayó por su propio peso.

Las historias sobre Armando son interminables. Afortunadamente el prólogo es para su libro, un material básico para todo aquel que quiera ser periodista y que pretenda llegar al público con éxito. Resalta la importancia de la libertad de expresión, los peligros de la profesión, las batallas por seguir informando y hasta aquellas anécdotas que parecen inverosímiles, como aquella en que una vaca fue la guía para seguir el camino correcto en un matorral.

Las historias sobre Armando son interminables. Armando ilustra con historias personales de destacados periodistas, acerca del buen uso que debemos hacer de la imagen y, sobre todo, de la voz. Entrevista a Blanca Ramírez, la cálida conductora de “Entre la arena y la luna”, al destacado Iván Márquez, creador del “También viene” o al legendario Miguel Humberto Aguirre, entre otros importantes periodistas y conductores. Entrevistas en las que no solo conoceremos sobre sus increíbles historias de vida sino también cómo ellos ponen en práctica a diario sus dotes de comunicadores y periodistas, y cómo el ejercicio profesional ha marcado sus vidas y las de muchos.

Entre las historias que presenta tenemos una en la que Blanca Ramírez llora al ver las lágrimas de una oyente a quien,

sin saberlo, apoyó durante su ardua lucha contra el cáncer. Miguel Humberto Aguirre relata, cómo fueron esos terribles días del terrorismo en el Perú: Cuando en medio de apagones, él se convirtió en la única compañía y sosiego para muchos, como el niño que lo llamó llorando para contarle que estaba solo en casa y que tenía miedo. Iván Márquez comparte también sus vivencias experimentadas con otros grandes como Humberto Martínez Morosini o Pepe Ludmir. El destacado director de noticias, Javier Ávila, nos eriza la piel detallando cómo logró contactarse con importantes cabecillas de las FARC y hasta adentrarse en su peligroso territorio por una exclusiva. La joven y perspicaz periodista Lorena Álvarez, comparte con nosotros cómo ha sido su ascenso en el mundo de la conducción.

“El periodista es el privilegiado pasajero de un bus que recorre la historia”, dice Armando. Y él y sus entrevistados nos invitan a un recorrido excepcional, sumando técnicas para la buena locución que van mucho más allá que tener una linda voz. Un libro imprescindible para quien quiera dedicarse a esta pasión: el periodismo.

Patricia Melgarejo

Directora Periodística de “Reporte Semanal” de Latina.

Presentación

La Universidad Inca Garcilaso de la Vega, mediante la labor efectuada por su Fondo Editorial, difunde obras de carácter científico y humanístico, con la finalidad de contribuir con el desarrollo de la cultura nacional.

Por tal motivo, este año 2017, publicamos *Voz e imagen* de Armando Ávalos, uno de los más destacados periodistas del Perú. Este es una obra testimonial que nos conduce por un interesante viaje dentro del mundo de la locución y las imágenes en el periodismo del Perú. Acorde a lo que en este trabajo manifiesta el autor, la manera cómo se relatan y son graficadas las historias, resultan ser determinantes en su llegada y la consciencia que puedan generar en el público. En este libro se exponen las experiencias de reconocidos y experimentados profesionales de las comunicaciones de la radio y televisión quienes dan a conocer sus particulares puntos de vista, la manera en que abordan el trabajo, y además sus experiencias y la forma en que estas han enriquecido sus vidas, la de las personas que formaron parte de los casos periodísticos y las del público en general.

Este libro será de gran utilidad para los estudiantes que han elegido la difícil carrera del periodismo.

Fernando Hurtado Ganoza
Jefe del Fondo Editorial

Introducción

En una fría, oscura y lluviosa noche de abril del 2006, en lo alto de una colina y al filo de una trocha, empujábamos una de las camionetas de Latina cuidando que no vaya a caer al precipicio. Sumergido en medio del lodo junto a mi camarógrafo, Gabriel Contreras, sosteníamos el pesado vehículo que conducía a nuestro auxiliar. Si desmayábamos, simplemente, nuestra camioneta con nuestro amigo habría caído al abismo aquella noche. A pocos metros de nosotros, un niño de unos 13 años nos miraba sorprendido y nos avisaba a gritos que saliéramos de ahí. Había aceptado ser nuestro guía por unos soles. El rugido de la llanta tratando de escapar del barro, la lluvia torrenciosa y nuestros gritos era lo único que esa noche se oía en ese olvidado lugar de la sierra de Andahuaylas.

Por un momento, cuando noté que la camioneta comenzaba irremediablemente a resbalar por el sendero, casi salgo corriendo pero al ver a mi camarógrafo seguir empujando solo y a mi chofer desesperado intentando salvar nuestra unidad, regresé, y pese al gran peligro, logramos que nuestro vehículo no cayera al vacío. Esa terrible noche, sin comer, sin abrigo y con una gotera en la cabina de nuestra unidad, dormimos abrazados los tres para calentarnos. Lo que queríamos era bordear el cerco que cientos de campesinos habían hecho sobre la ciudad de Andahuaylas

como parte de un paro agrario. Enormes piedras y troncos junto a enardecidos campesinos con hondas, palos, machetes y una milenaria gigantesca roca bloqueaban las carreteras motivados por la frustración del atraso que padecen.

Nuestro objetivo era llegar a la ciudad de Andahuaylas al igual que otro grupo del canal que transportaba nuestro equipo de transmisión móvil, un costoso fly away. Ellos sostenían una batalla similar pero por otro camino. Una piedra del tamaño de un camión bloqueaba la carretera Libertadores-Wari. Luego me contaron que tras la autorización de los dirigentes campesinos, unos cien pobladores los ayudaron a sacar la monumental roca utilizando para ello maderos y cuñas.

Nosotros fuimos guiados por un campesino y una vaca. Así como lo escucha, como “limpiar” la carretera demandaría un par de días, los campesinos nos propusieron seguir el camino “de las vacas”. Una vaca es del ancho de un auto, tiene casi su peso y por instinto sabe elegir la ruta que debe seguir. Así que nuestro vehículo siguió a nuestra “guía” de cuatro patas por las granjas, riachuelos, senderos y lomas y nos condujo a la ciudad de Andahuaylas, a un lado del animal iba un campesino con un látigo que de rato en rato la azotaba “para apurarla”.

Al llegar a la ciudad de Andahuaylas, le dimos 10 soles al poblador y compramos varios kilos de alfalfa para nuestra “guía” que se quedó moviendo la cola de felicidad mientras comía. Luego nos encontramos con nuestros compañeros, los “microonderos” que llegaron con los equipos de transmisión satelital. Nos abrazamos, hicimos bromas y compartimos la primera comida en casi día y medio, galletas y gaseosa.

Seguidamente nuestros compañeros instalaron sus equipos y pude comenzar a transmitir a todo el Perú información sobre el violento paro agrario en esa ciudad. Así era la lucha que realizábamos para tratar de acercarnos a la inmediatez de la

noticia en aquellos tiempos. Luego de dos días de que el país escuchara por radio que Andahuaylas estaba bloqueada por miles de campesinos que quemaban autos y recorrían las calles con machetes y escopetas, reclamando por los precios injustos que les pagaban por el kilo de papa, recién pudimos transmitir en vivo y en directo con las imágenes. Hoy, diez años después, los equipos portátiles con los que cuentan los jóvenes reporteros han cambiado la forma de sentir la noticia. La inmediatez es ahora una característica común que comparten casi todo el tiempo la radio y televisión, los dos medios con mayor influencia e impacto tienen en la población. Dos medios que por lo general son los únicos a los que tienen acceso en ese llamado Perú profundo.

Y este libro trata de mostrar a los jóvenes estudiantes de Ciencias de la Comunicación no solo la manera y las técnicas para hacer radio y televisión, sino que es un viaje a la historia y al corazón de las cabinas de radio y a los sets de televisión, los dos medios símbolos de la inmediatez. Un viaje que realizarán de la mano de personajes que han vivido con todo su corazón el periodismo.

A través de sus relatos de esfuerzo, de lucha, de sacrificio y sueños, y por qué no decirlo, de frustraciones y errores, he querido mostrar a los jóvenes que han elegido la Carrera de las Comunicaciones que nada en la vida es fácil; pero cuando uno ejerce una profesión con entrega y determinación, siempre se lograrán los objetivos que se tracen.

Voz e Imagen es un libro que llevará al estudiante a conocer el mundo de la radio y la televisión en estos tiempos, aprender técnicas para locutar, ejercicios vocales y conocer cómo es el trabajo diario en la radio, así como también conocer la estructura de un sistema de noticias, el diseño de pautas, los tipos de cobertura y las nuevas técnicas de transmisión, siempre matizadas con anécdotas, consejos, recuerdos y enseñanzas de aquellos personajes que han utilizado el sonido y la imagen para

llevar al público la noticia a veces arriesgando sus vidas, pasando miles de aventuras o viviendo historias de superación sin límites.

Habrán quienes leerán miles de libros, irán a muchas charlas, cursos, posgrados y tendrán los títulos más encumbrados, pero no habrán aprendido nada en la vida si no son capaces de mirar más allá de los hechos. Cuando uno aprende a sacar provecho de las cosas que nos suceden o sacamos lo positivo de las experiencias de otros, es cuando nos volvemos ricos en sabiduría. Héroe no es solo quien gana batallas en la guerra, héroe es quien avanza en la vida sin atropellar a otros, lucha por los suyos y enfrenta a la adversidad, como muchos de los personajes que aquí se narra.

Al leer este libro, quienes comienzan en el periodismo se enamorarán más y más de esta carrera al leer las experiencias de quienes han vivido y viven enamorados de una noble profesión, una carrera que es para muchos una puerta de esperanza y que significa la posibilidad de ser oídos.

La lucha por la inmediatez en la noticia seguirá mejorando cada vez más, conforme se sucedan los continuos adelantos de la tecnología. Pero hay algo que no cambiará en el tiempo, el amor por lo que uno hace. Aquel equipo de prensa que transmite después de pasar dos días de penurias, y los equipos de hoy en día que transmiten por LiveU portátiles desde casi todo lugar, están unidos por la vocación.

Una vocación para la que no hay edad, sexo, ni condición. Hace poco trabajando en Latina como jefe de provincias del canal, una de mis corresponsales, Zaida Luya, de Huancayo,

me telefoneó agitada porque estaba viajando en una camioneta hasta el límite de Huancavelica, de donde se anunciaba un violento bloqueo de carreteras por padres de familia que exigían el funcionamiento de una universidad en esa zona. Luego de un par de horas, me enteré de que varios policías habían sido masacrados a golpes por los manifestantes; a un periodista le había impactado una piedra en la boca que lo dejó sin todos sus dientes delanteros, y otros más habían sido golpeados.

Cuando llamé a Zaida me informó con voz temblorosa que estaba trasladando a un colega herido ensangrentado. La tranquilicé y luego ella envió, horas después, sus imágenes al canal para ser emitidas en el noticiero central de la noche. Al terminar el noticiero volví a hablar con ella por teléfono. Fue en ese momento cuando me confesó el temor que tuvo, cuando decenas de enardecidos manifestantes gritaban exigiendo que también la linchen. Ella cogió su cámara y comenzó a llorar. Unos gritaban ¡péguenle a esa prensa vendida! Pero felizmente el grupo hizo caso a otros que al verla gritaron ¡ya déjenla, vámonos! La turba dejó a Zaida, quien recogida como un ovillo en el suelo, sujetaba su cámara entre lágrimas presa del terror. Al día siguiente cuando la llamé por celular, para pedirle que volviera al lugar de los hechos, ella me dijo que ya estaba en camino a cumplir su comisión, regresando a ese peligroso lugar donde los periodistas estaban vetados y donde varios corresponsales habían decidido ese día ya no ir. Al colgar el teléfono no pude dejar de sentirme orgulloso de mi corresponsal y de compartir esta carrera con personas como ella, que son la esencia del periodismo y servirá a quien quiera aprender de estas historias, para ser una mejor profesional.

CAPÍTULO

I

1. EL VALOR DE LA LIBERTAD DE PRENSA

Una leve garúa nos cubría y un frío inusual se sentía esa tarde en el Callao. Los más de treinta periodistas que estábamos en el aeropuerto internacional Jorge Chávez, lucíamos ansiosos esperando en la puerta que daba acceso a la sala de prensa. De un momento a otro, un movimiento de agentes de seguridad nos avisaba que debíamos estar atentos y listos con nuestras grabadoras y cámaras.

A lo lejos divisé la figura inconfundible, enigmática, cautivadora y radiante de Celia Cruz. Lucía un vestido blanco brillante, un pañolón en la cabeza y una enorme sonrisa. Me impresionaron sus uñas grandes, finas y coloridas. Y siempre a su lado su esposo, Pedro Knight, un hombre cuya cabellera blanca contrastaba con su piel morena y hacía juego con el color de su sonrisa.

Cuando la gran cantante cubana se nos acercó pidió a su seguridad que se pusiera unos pasos atrás, diciendo: *“por favor no necesito que me cuiden cuando estoy con amigos”*. Nos reímos todos los colegas y nos sentimos alagados. La Reina de la Guaracha había llegado a Lima para cantar en la Feria del Hogar, el gran evento que en esos años, era el lugar obligado donde los limeños acudían a comprar las últimas novedades que llegaban a la capital, donde iban a divertirse con sus hijos en los juegos mecánicos y lo mejor,

acudir al Gran Estelar donde artistas de todo el mundo, llegaban a esperados y multitudinarios conciertos.

Celia Cruz era el plato de fondo de ese mega evento y todos querían una foto, un saludo o simplemente se contentaban ver a esa mujer de humildes orígenes y sencillez, que conquistó al mundo con su talento y sobre todo con su don de gente.

Una mujer que pese a su constante alegría y sonrisa cargaba una enorme pena, no poder volver a su tierra amada, Cuba.



La gran Celia Cruz y su esposo Pedro Knight en la Feria del Hogar en Lima.

Esa tarde, Celia Cruz respondió muy a su estilo las preguntas de los periodistas, y cuando le pregunté cuál era la meta que aún le faltaba cumplir, me miró y su sonrisa se fue extinguiendo. Respiró unos segundos y dijo *“quiero volver a mi hogar”*.

Nos comentó que ella soñaba poder ver, el fin del régimen de Fidel Castro y regresar a su isla querida. Y ahí recuerdo, que cogió del brazo a uno de los reporteros que estábamos a su lado y mirándonos a todos, nos dijo algo, que en ese momento no le di mucha importancia, pero con los años asumí lo valioso que fue.

“Ustedes tienen libertad de criticarme, libertad de elogiarme, tienen libertad de decir lo que piensan, de pensar y hablar lo que les plazca. La

libertad de expresión no existe en mi país. Ustedes no saben lo valioso que es, lo que gozan. Defiéndanlo con uñas y dientes y no permitan que nunca ningún gobernante los tenga presos en su propio país”.

Luego, para escapar de esa tristeza, gritó ¡Azúcar! Y dijo: “*¡Yo no he venido a ponerme triste, sino a alegrarlos!*”. Y comenzó a dar unos pasitos de baile.

Se despidió con un beso volado y mientras se iba hacia el auto que la esperaba su seguridad volvía a cerrar filas sobre ella. Me fui convencido de que era una gran persona y sobre todo una luchadora.

En marzo del año 2003, la cadena Telemundo organizó un homenaje en vida a la gran cantante cubana, con la presencia de artistas como Gloria Estefan, Marc Anthony, la India y otros. Esa noche, mientras la comunidad hispana le cantaba a la gran Celia Cruz, en uno de los asientos de primera fila del escenario, a su esposo Pedro Knight se le vio derramando algunas lágrimas de emoción por el reconocimiento a la mujer de su vida y de nostalgia, porque sabía en el fondo que ella, nunca cumpliría su ansiado sueño de volver a pisar La Habana. Celia Cruz en esos días sostenía una lucha silenciosa contra el cáncer.

Solo tres meses después de ese homenaje, el 16 de julio del 2003, en su casa de Fort Lee en Nueva Jersey, Cecilia Cruz dejó de existir a los 77 años de edad. Y como fue su último deseo, sus restos fueron velados dos días en Miami, para que todos sus compatriotas en el exilio le pudieran dar el último adiós.

Muchos de los cubanos exiliados abrazados cantaron sus canciones. Una de ellas, la que la Reina del Guaguancó escribió relatando lo que sintió al dejar para siempre La Habana: “*Cuando salí de Cuba, dejé mi vida deje mi amor, cuando salí de Cuba deje enterrado mi corazón*”, coreaban en medio de lágrimas cientos de cubanos. Esa misma letra se me venía a la mente

cuando iba camino a La Habana a hacer un reportaje, a la tierra de esa mujer que una vez me dijo que uno de sus sueños era que la libertad de prensa volviera un día a su isla.



En la Plaza de la Revolución, en La Habana, Cuba.

Una libertad de prensa que en Cuba no existe y donde antes de partir de Lima, sabía muy bien que cada uno de mis movimientos, como el de mi camarógrafo Jimmy Baygorria, serían seguidos al milímetro. Meses antes nuestros nombres habían sido enviados a los Servicios de Seguridad de La Habana para ser “chequeados” y estudiar nuestra historia de vida.

Cuando llegamos a la isla, donde debíamos hacer un reportaje turístico, una mulata alta y agraciada nos esperaba en el aeropuerto. Trabajaba para una agencia del Estado y sin que ella lo dijera ya sabíamos que su misión era ser nuestra guía pero a la vez informar de todos nuestros movimientos a sus superiores. Al dejarnos en el hotel donde nos hospedaron, nos instalaron en una habitación que tenía una amplia ventana a la calle y desde donde podíamos ver un auto marca Lada color rojo estacionado en solitario frente al hotel. En su interior había dos hombres que permanecieron ahí toda la madrugada.

Estar en Cuba era como retroceder en el tiempo, y en un lugar sui géneris en el mundo. Sus casas antiguas, sus autos de la década 50 y donde cosas que nos parecen tan comunes para nosotros, simplemente no existen en ese país.

Ni bien estuvimos en el hotel, pedí si me podían dar la clave de wi-fi de Internet pero me explicaron, para mi sorpresa, que no tenían Internet y que solo algunos establecimientos podían acceder a el y siempre bajo la supervisión del Estado. Además el Internet allá es muy lento y extremadamente caro.

Recuerdo con gracia cómo le dije asombrado al administrador del hotel, “¿no tienen Internet? ¿Eso quiere decir que nadie tiene Facebook?” El administrador, un tanto incomodo, me respondió con un rotundo, no.

En Cuba se publica un solo diario, *Granma*, medio oficial del Estado cubano. Siempre se publicita que en Cuba este diario se da gratuitamente a la población para que “esté bien informado”. Pero resulta que en la primera mañana de mi estadía en La Habana, me di con la sorpresa que todo solo es parte de la publicidad estatal que trata de vender una imagen positiva de la revolución.

En Cuba los sueldos en promedio son de 8 a 10 dólares mensuales. Con esa pequeña suma la población debe subsistir y

“progresar”. Es cierto que la educación, el transporte, el servicio de salud y parte de la alimentación es gratuita. Reciben cartillas de racionamiento para recibir del Estado alimentos que suelen alcanzar unas semanas.

Si para la gente común, el dinero no alcanza, imagínese usted para los jubilados. Es por eso que muchos de ellos se levantan a golpe de 3 de la madrugada para pararse en los kioscos de la ciudad, para comprar por kilos o peso los diarios *Granma* que supuestamente deberían ser obsequiados. El vendedor de diarios también es ser un humano y necesita llevar algo de dinero extra a casa. En vez de regalarlo a los seguidores de la revolución, prefiere ganarse algo y venderlo a los jubilados y así siente al menos que los ayuda también.

Los jubilados luego pasean por toda la ciudad vendiendo los diarios *Granma* a 1 dólar americano a los turistas como “recuerdo”. Solo vendiendo en un día 20 diarios sacan el doble de lo que reciben de pensión del Estado cubano en un mes.

En unos minutos en los que nuestra guía se distrajo logramos hacer encuestas y graficar parte de esa realidad que los líderes de la Revolución prefieren que el mundo no vea. Un hombre de unos 70 años, mientras me vendía el diario *Granma* y me explicaba que con ese dinero ayudaba también a mantener a sus nietos. *“Todos en Cuba tienen otros trabajos, como taxistas, vendedores o hacen lo que sea para poder tener algún dinero adicional que nos permita no morirnos de hambre”*, me decía.

Cuando regresé al bus turístico que nos transportaba por La Habana, la guía nos esperaba muy seria y nos llamó a un lado. *“¿Por qué han estado haciendo preguntas que nada tiene que ver con el tema turístico? Por favor cínense a grabar y preguntar sobre el tema por el que han venido”*, nos dijo sin indicarnos quien le había informado nuestras acciones.

Era obvio que éramos seguidos por agentes secretos y sus palabras eran una clara advertencia de que si continuábamos grabando lo que ellos no querían, nuestra estadía no iba a durar mucho. Cuando se llega a Cuba como prensa, se tiene que tramitar un permiso especial para cubrir información especificando el motivo del reportaje, las personas que vienen con uno, y es entonces que entregan una credencial que debemos llevar visible todo el tiempo, principalmente cuando uno graba en las calles, porque de lo contrario un policía puede tranquilamente venir y detenerte si no ve la autorización.

Y fueron incontables los policías que se nos acercaban a ver si teníamos las credenciales en el pecho y otros aun viéndolas, se nos acercaban para verificar que eran auténticas e indicarnos qué edificio público no podíamos grabar.



Aquí en el Capitolio Nacional en La Habana, inspirado en su par de los Estados Unidos.
Allí funciona la Academia de Ciencias de Cuba, ícono de La Habana.

Llamar al extranjero es casi imposible. Recuerdo que pregunté si había peruanos residentes en Cuba y me respondieron que con suerte encontraría turistas o estudiantes que siguen carreras

por intercambio o convenios con el gobierno, pero que era muy difícil encontrar residentes peruanos en ese país. Resulta que en Cuba solo los cubanos pueden tener propiedades, un extranjero está imposibilitado de adquirir autos, casas o cualquier bien.

Para mi asombro, me contaron la historia de una peruana, aeromoza, que se quedó en el país enamorada de un cubano. Decidió echar raíces en La Habana, adquirió muebles, electrodomésticos y muchas comodidades para vivir con su pareja, todas registradas, por su puesto, a su nombre. Al poco tiempo, el isleño al que le había entregado su corazón, la traicionó con otra mujer y la peruana tuvo que regresar a Lima sin nada. Porque todo lo que había adquirido, por repito, estaba a nombre de su pareja, el cubano.

Al recorrer sus calles, la percepción —que uno tiene— es la de estar rodeado de gente buena, alegre, cordial y orgullosa de su isla, pero también frustrada de vivir en el atraso tecnológico y, lo peor, temerosa de decir más de la cuenta a un foráneo.

La propaganda publicitaria que ha montado el régimen castrista, llega no solo a la prensa, sino a mostrar a los turistas bien montadas escenografías de una realidad diferente para las cámaras. En nuestro viaje llegamos, por ejemplo, al hermoso balneario de Varadero.

Sus fantásticos hoteles de lujo que son concesiones de hoteles internacionales de primera, dando al turista que llega, la impresión de estar en un país de ensueño: los delfines jugando con los bañistas en el agua, la arena blanca, las instalaciones paradisíacas, son una postal para quien recorre este lugar.

Después de veinte minutos de viaje tras dejar la zona hotelera de Varadero, llegamos al “pueblo” de Varadero. Cuando ingresé, todo era de lujo y extrañamente “siempre nuevo”. Una breve y detenida observación me permitió ver que los vendedores de artesanía y los operarios de limpieza y mantenimiento de la ciudad, vestían ropa algo desgastada.

Al conversar con varios de ellos me quedé asombrado al comprobar que todos vivían en el “verdadero” pueblo de Varadero que está en una villa alejada de los suntuosos hoteles cinco estrellas. El gobierno cubano nos presentaba un pueblo de postal, que era “artificial”, ya que toda la población solo se quedaba en el lugar hasta las 6 de la tarde y luego de bailar, reír, fotografiarse con los turistas, regresaban en la noche a sus humildes casas en el verdadero pueblo de Varadero. Todo el pueblo artificial lucía luego a oscuras y con una vigilancia permanente.



Este es uno de los típicos paraderos de colectivos o taxis del centro de La Habana con autos que tienen más de medio siglo de antigüedad.

Los cubanos decían que en La Habana, decían en forma de broma que en la ciudad había más de 1 millón de policías y agentes encubiertos y 2 millones de cámaras.

La psicosis de ser seguido o escuchado si se critica al gobierno está en todos lados y gran porcentaje de la población, como es obvio, nunca ha dejado la isla y es un sueño hacer turismo en el exterior. Los que tienen la posibilidad de viajar al extranjero por estudio o trabajo, firman un documento comprometiéndose a cumplir los tiempos acordados en sus contratos o currícula de estudio y luego tienen que volver, porque de lo contrario

sus bienes en la isla serán decomisados y será sometido a un proceso. Eso significa el exilio y no ver nunca más a la familia.

No poder grabar libremente lo que uno desea es una constante en Cuba, algo por demás frustrante para un periodista. Recuerdo que pasamos por un pueblo llamado Cárdenas y minutos antes de cruzar por su avenida principal, se nos advirtió que en esa zona, una más en realidad, estaba prohibido rotundamente tomar fotografías o filmar. La razón, ahí vivía un hombre que de niño protagonizó un incidente relevante entre Cuba y los Estados Unidos el año 2000, su nombre Elián González, conocido desde esa fecha como “el balcerito”.

En 1999 Elián llegó a las costas de Florida, Estados Unidos abrazado a una cámara de neumático, luego de que naufragara la balsa desde donde salió de Cuba, muriendo ahogada su madre, Elizabeth Brotons y otras 10 personas.

El padre de Elián, Juan Miguel Gonzales, denunció que su hijo fue sacado no solamente de manera ilegal de La Habana, sino también sin su consentimiento. El gobierno cubano apoyó el pedido de retorno del niño a la isla y los grupos anticastristas en Miami, apoyaron a la familia materna de Elián que tuvo un tiempo la custodia temporal del pequeño.

El caso llegó al Congreso de los Estados Unidos y a las Cortes de Justicia norteamericanas, además de ser uno de los casos más mediáticos de las últimas décadas.

El 22 de abril del 2000, al ver la negativa de los parientes maternos de Elián Gonzales de entregarlo a su padre biológico, el Departamento de Justicia ordenó que el niño sea sacado a la fuerza de la casa en que se hallaba y que fuere entregado a su padre. El 28 de junio de ese año, luego de acabado el proceso judicial y negarse formalmente el asilo al niño, Elián retorna a Cuba con su padre biológico, siendo recibidos como héroes.



Foto tomada por el reportero Alan Díaz de Associated Press que muestra a un agente INS norteamericano con su MP5, apuntando a Elián y a Donato Dalrymple, uno de los pescadores que lo encontró tras su naufragio. Con esta foto Díaz ganó el Premio Pulitzer el 2001 y muestra la tensión y el rostro de desesperación del pequeño Elián al momento de ser sacado a la fuerza del seno de su familia materna, que se negaba a devolverlo a su padre biológico que lo reclamaba para llevarlo a Cuba.

El día que pasamos por la casa de Elián Gonzales, vimos que su aspecto no distaba mucho de las modestas casas del barrio del pueblo de Cárdenas, un hombre de civil con gafas oscuras estaba siempre en la puerta y al frente de la casa un uniformado algo distendido revisaba un mensaje de texto en su teléfono celular recostado en una cerca.

La casa lucía un poco descuidada y solitaria al igual que la avenida que pocos frecuentaban o preferían transitar rápido para no hacer pensar a los agentes que buscaban algo. El bus que nos transportaba pasó haciendo señas con sus luces a los agentes y nuestra guía estuvo extremadamente atenta de que nadie tomara una foto o filmara. Saliendo del pueblo camino a Varadero, hizo algunas llamadas, al parecer, informando que todo andaba bien.

Al vivir durante todos esos días el cuidado de nuestra guía, el de que las personas de a pie por no dijeren nada que no esté acorde a lo que el gobierno apruebe, el sueño que muchos me expresaban de hacer cosas simples como viajar, tener contacto con el mundo o tener un progreso económico personal, me

quedé convencido de lo valioso de la libertad que gozamos en el Perú y en otros países, un don que a veces no valoramos porque siempre lo hemos tenido.

En los países libres donde es fundamental el papel de los medios de comunicación, de la prensa, para denunciar lo que esté mal, para ser la voz del pueblo, para informar con objetividad y para contribuir con el desarrollo de un país, pero sobre todo por ser un símbolo de nuestra libertad. Ninguna dictadura durará mucho con una prensa que haga su papel y es por eso que en países como Cuba no se permite el ejercicio libre del periodismo.

Y cuando retornaba de La Habana en el avión que nos traía a Lima no pude apartar de mi mente la mirada de Cecilia Cruz, quien aquella fría tarde de otoño nos dijo a los periodistas peruanos que nunca dejáramos de luchar por la libertad de expresión y prensa, porque cuando se pierde, nuestros hijos estarán condenados a vivir oprimidos.

En los últimos años, se han vivido distenciones y aproximaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Cuba, país que el año 2012 visité, está cambiando indefectiblemente pues la llegada del presidente norteamericano, Barack Obama, a la isla es una muestra de ello. El periodista, siempre lo digo, es un privilegiado pasajero del bus que recorre la historia. Somos la memoria del tiempo y los ojos y oídos de la sociedad. Los retratistas de una realidad y los vecinos incómodos que analizan y comentan los hechos y muchas veces protagonistas también de los sucesos que marcan nuestra realidad.

Pero la historia no es un relato de hechos, fechas y acontecimientos, eso, al menos, no debe ser. Si la historia no nos va a servir para reflexionar y aprender de lo que hemos hecho como sociedad y para no volver a cometer errores, entonces, no sirve. Si la historia no puede mostrar ejemplos que nos permitan perfeccionarnos o emular a otros para mejorar nuestras vidas, entonces, no sirve.

El periodista tiene la obligación de contar los sucesos en cada noticia y convivir al lado de los personajes que marcan a la sociedad. Es el conducto obligado para transmitir al público, lo mejor y lo peor de sus actos, pero siempre orientado a dejar una lección para el futuro.



Una de las calles de la periferia de La Habana, donde la pobreza y el retraso a consecuencia del aislamiento de décadas son muy ostensibles.

2. EL PERIODISTA Y EL PÚBLICO

Una tarde de verano del 2015, en Trujillo, dicté una conferencia ante cien estudiantes de periodismo. Al concluir, una jovencita de veinte años se me acercó y me preguntó si podría visitarme en el hotel donde me hospedaba. Quería comprar uno de mis libros y presentarme a su padre. Accedí.

Dos horas después, en la recepción del hotel, encontré a la muchacha y a un emocionado hombre de unos 50 años oriundo de Tumbes. El caballero me dio la mano y me dijo *“soy un fan de sus reportajes, lo he seguido en toda su carrera y estoy orgulloso de que mi hija siga sus pasos”*. No esperaba esas palabras. Se lo agradecí, nos abrazamos cordialmente y nos tomamos varias fotos al lado de su hija a quien le deseé lo mejor en esta carrera.

Cuando se fueron del hotel, me quedé reflexionando sobre la gran influencia que tenemos en el público, al límite de marcar sus vidas. Esa tarde estaba feliz, porque conocí el afecto sincero de buenas personas y porque supe que muchos de lo que me propuse como mis reportajes se habían cumplido sin a veces yo tener la certeza.

Un periodista a través de sus informes, su voz y su ejemplo, puede influir mucho en el público, ese al que nos debemos, que nos sigue, que sufre con nuestras peripecias, que se ríe de nuestras ocurrencias, que se indigna con nuestras denuncias y crece, vive y envejece también con nosotros.

El abrazo de un televidente, un oyente o un lector a quien la prensa le sirvió para mejorar o cambiarle la vida, es sin duda el mejor pago que uno pueda recibir. Como lo sabe bien y me lo contó una amiga, que compartimos no solo el mismo pupitre en la Universidad, sino también la misma pasión por el periodismo, Blanca Ramírez.

Cuando enciendo la radio, cada noche, al lado de mi esposa, escucho con placer su voz aterciopelada y cautivante que te da consejos de vida y luego te transporta al amor y la esperanza con una música romántica en su programa ya famoso: “Entre la Arena y la Luna”.

Cuando estuve en su cabina de radio conversando para este libro, Blanca quiso comenzar a contar su historia y su paso por la radio con el último episodio.



Blanca Ramírez, locutora y conductora del exitoso programa “Entre la Arena y la Luna”.

Sus ojos les brillaban de emoción al recordarlo. Era esos regalos que nos da el destino y que marcan nuestras vidas. Un presentador anunciaba en Trujillo la asistencia de Blanca Ramírez para presentar su libro, la gente aplaudía emocionada en el auditorio, entre el público, la gran mayoría eran mujeres. Entre todas ellas, había una en especial que su mirada había impresionado a Blanca. No la dejaba de mirar y contemplar con emoción, tenía unos 45 años y de aspecto noble y robusto. Se aproximó a la locutora como dudando y cuando estaba a solo unos centímetros de ella, la cogió de las manos y le dijo “gracias”.

Luego, la mujer abrazó a Blanca Ramírez y comenzó a llorar. Esa humilde mujer que había acudido a la presentación del libro de la periodista, había vencido al cáncer y fueron las palabras y la voz de esa periodista que no conocía, las que escuchaba cada noche en su humilde casa de adobe, la que le dio fuerzas y valentía para enfrentar y derrotar a la muerte, para seguir adelante, para decirle sí a la vida.

Cuando Blanca Ramírez, escuchó la historia de esta mujer de su propia boca, comenzó a llorar también y se confundieron en un interminable abrazo. Esa noche esa humilde oyente no tenía la radio pequeña a pilas que siempre llevaba cuando lavaba la ropa de sus hijos en su casa. Esa noche escuchó la voz de aliento de su conductora favorita en vivo y en directo. Antes de despedirse, Blanca Ramírez se le acercó al oído y le susurró también un “gracias”, porque ese día le había demostrado que la dedicación que pone en su carrera de periodismo vale la pena.

Esa mujer era un ejemplo de que un periodista o, en el caso de Blanca, un locutor puede influir positivamente en la gente, nos muestra lo importante que es hacer bien nuestro trabajo y sobre todo ponerle mucho corazón. Y la radio, es en ese sentido, muy efectiva y extraordinaria para llegar a la gente.

Es el medio más cercano y de mayor alcance incluso que la televisión, pues nos acompaña donde estemos. Aquel medio que siempre estará cuando lo necesitemos, sea la hora que sea.

Y qué mejor que ingresar a ese mundo de la radio, de la mano de una mujer que ha hecho de la esperanza y el apoyo moral, su principal arma tras el micrófono. Aquella joven chalaca a quien el destino siempre le tuvo deparada su cabina.

¿Cómo fue tu inicio en la radio?

“Cuando estaba en la universidad, hubo un receso de casi un año por los interminables problemas políticos que había en aquel entonces. Uno de nuestros compañeros de aula, recuerdas, Henry Letona, que en ese tiempo estaba en Radio Panamericana, me anima a estudiar locución. Como yo estaba en el elenco de teatro de la universidad, mi amigo me dijo que quizá me podía funcionar. Me matriculé en ese curso y me gustó. Era una escuela muy importante donde todos los canales ponían sus avisos para reclutar gente y practicantes. Y recuerdo que llegó una invitación para un casting para el programa de ‘Buenos Días Perú’ de Panamericana Televisión. Yo fui decidida a entrar a la televisión, yo no pensaba en la radio, yo quería la tele de frente. Sucede que llegó al casting, todo lo hice bien y ocurrió la típica, llegas y no conoces a nadie y de repente llega la rubia conocida del director y se queda la rubia... te imaginarás cómo estaba, indignada”.

Me imagino.

“Salté molesta del piso 9 del edificio de la avenida Alejandro Tirado donde se hacían los casting de ese canal. Entonces ingreso al ascensor y venía hablando molesta con una amiga. Decía ‘siempre el racismo, el que no tiene vara no puede progresar en este país’. Y había un señor que me escuchaba algo sorprendido. A mí no me importaba, estaba asada, tenía 18 años en ese momento y con todo el ímpetu que me conoces. Y el hombre me dice ‘Señorita, ¿por

qué usted habla así?, ¿es usted locutora?’. Sí, le respondí medio molesta. El hombre sacó del bolsillo de su terno una tarjeta y me lo entregó diciéndome ‘visítame que yo estoy haciendo un casting’. Miré la tarjeta y le dije: ‘¿otra vez para un canal?’ El señor sonrió levemente y me respondió, ‘es para Radio Programas del Perú, señorita’. Con una pizca de curiosidad pero aún algo desganada le dije, ‘ya bueno, deme su tarjeta’. Jajaja, estaba asada y me guardé la tarjeta en mi bolso pero seguía con la ceño fruncido y mi boca en forma de picaón, jajajaja”.

En ese momento no aquilatabas lo que iba a significar eso en tu vida.

“Imagínate no le daba la importancia que tenía, que era poder entrar a Radio Programas del Perú. Al día siguiente, yo no quería ir al casting, pero mi mamá me anima. Me gritó ‘¡anda oye!’ y como tanto me fregaba mi mamá, le dije ‘está bien mami voy a ir pero solo para conocer la cabina de la radio”.

¿Ah, te botabas?

“Jajaja. Llego a la radio y había treinta chicas para el casting y casi todos eran de la escuela del locutor Américo Pachas. ‘Pucha’, dije, ‘ya fui’. Si Américo Pachas trabajaba en Radio Programas y eran todos sus alumnos. ‘Estaba tranca’, dije, y lo más probable era que escoja a una de sus alumnas”. me decía Blanca Ramírez y mientras recordaba su prueba de fuego no podía dejar de suspirar.

Hicimos una pausa para que contestara una llamada de sus oyentes. Leyó luego una carta de una mujer cuya pareja no mostraba mucho interés en ella y luego de aconsejarla, dijo: *“Hola, Soy Blanca Ramírez, en el programa ‘Entre la Arena y la Luna’, aquí en Ritmo Romántica, tu radio de baladas”* y enseguida puso en la consola un disco de Luis Miguel que nos sirvió de fondo musical para continuar con su relato.

¿Y al final cómo te fue en el casting?

“Esperé cerca de dos horas para que me llamaran. Era la última y me atendió el periodista Edmundo Samanés. Ni bien me ve, me dice ‘estoy cansado, quiero almorzar, hagamos esto rápido’. Estaba desconcertada y le digo ‘ok, pero ¿qué tengo que hacer?’ Edmundo Samanés, muy escueto, me dijo, ‘tu escuchas la música y me sigues’. Sin inmutarme le respondí ‘está bien’, y como a mí me encantaba leer, lo empecé a seguir; seguir y seguir en el ritmo de la locución y al terminar, escucho una voz casi gritando ‘¡queda!’’. Entró un señor gordo, blancón de ojos celestes, era Manuel Delgado Parker. El señor me eligió, él mismo me eligió. Así comencé mi carrera en la radio, jajaja”.

Como dicen: no hay mal que por bien no venga. ¿No?

Sí, porque a mí no se me había cruzado siquiera por la mente tocar una puerta de radio. Y yo pensaba que lo mío era la televisión. Y una cosa me llevó a la otra. Y ahí me quedé y comenzó mi carrera como locutora.

Y ahí comenzó tu pasión por la radio.

Si, ahí conocí lo que es trabajar en la radio, el ambiente que se vive, el día a día, el vivo constante, eso es maravilloso, me enamoré de la radio, me apasione definitivamente. Ojo que también por esa época empecé mis pinitos como periodista pero yo me pagaba la universidad y tú sabes y al menos eso era en mis inicios, los periodistas en prensa escrita, trabajamos gratis 2 o 3 años para pagar derecho de piso y no me convenía. Así que regresé a la locución porque como locutora sí me pagaban un sueldo. Me metí de fondo en la radio y comencé a aprender las técnicas y de verdad que me encantó el mundo detrás del micrófono.



“Entre la Arena y la Luna”
se ha convertido en unos espacios radiales más seguido por miles de personas en todo el Perú.

¿Qué es la radio para ti?

“Es mi pasión. Es el medio por el cual puedo ser yo misma, más aun en un programa como el que tengo ‘Entre la Arena y la Luna’, donde puedo aconsejar a tantas mujeres que están siendo maltratadas. Siento que esto es una gran oportunidad para poder aportar algo positivo en la vida.

A mí me acaban de premiar como el mejor programa con mejor performance en toda la empresa donde trabajo, hablamos de una empresa que tiene ocho radios y tiene programas las 24 horas del día y eso para mí es un motivo para seguir esforzándome. Hicieron hace poco un estudio de mercado, donde los oyentes señalaban, qué locutor les identificaba más de todas las empresas, y yo fui la número uno. Es un logro que me reconforta y me alegra mucho”.